

# *Cualidad y metodología.*

## Un comentario crítico

A partir de la necesidad de dar un carácter científico a las distintas disciplinas del campo social, paulatinamente se deja atrás el análisis cuantitativo que por influencia del positivismo, se venía utilizando hasta ese momento como el método por excelencia para la investigación científica. Muchos pensadores cuestionaron dicho paradigma como la única forma de crear ciencia, haciéndose evidente la necesidad de considerar a la cualidad como objeto de análisis dentro de la investigación social. La Mtra. en Pedagogía, Greta Trangay, consciente del actual debate entre lo cualitativo y lo cuantitativo, aporta una interesante reflexión sobre el sentido de la cualidad.

### Greta Trangay Vázquez

El camino de la metodología cualitativa se integra con un entramado de teorías filosóficas, sociológicas, antropológicas, psicológicas e incluso educativas, que han sido incorporadas a esta vía de acercamiento a las ciencias sociales y humanas. Ha adquirido un enorme vigor durante las últimas décadas dentro de nuestras universidades, y se presenta como una propuesta diferente para abordar los objetos de dichas ciencias.

Su avance no ha estado exento de conflictos y problemas que toda nueva metodología abre antes de acabar de configurarse como parte del acervo histórico del fenómeno científico.

El método inductivo, el deductivo, el experimental o el axiomático, sin duda, han permitido conocer la realidad física que nos circunda, pero poco han aportado para profundizar en el conocimiento del hombre y la sociedad. Limitación que es suficiente para justificar la opción de la metodología cualitativa que busca rescatar referentes alternos, derivados de tradiciones teóricas distintas a las ciencias denominadas positivas.

Asociado a tales métodos, el monismo metodológico de las ciencias físicas ha sido proclive a extrapolarse, aplicándose a objetos cuyas características, estructuras y orden regular son diferentes, como son los sociales. La reducción de los hechos sociológicos, económicos y demográficos a los indicadores y tendencias estadísticas; la confusión entre

los datos vivenciales y los resultados de las encuestas de opinión; la práctica del ensayo y error disfrazada de experimento con las tablas de frecuencia; la atribución de contenidos naturalistas a los contenidos psíquicos, y su cosificación resultante; la misma reducción de las facultades subjetivas, como la inteligencia, a cocientes y escalas cuantitativas; y muchos otros aspectos, son muestras de los excesos que se cometen con el uso de criterios cuantificadores cuando se omite el examen cualitativo. De allí la insistente propensión de las ciencias no-físicas señala Iglesias (1981) a buscar otras vías para conocer las peculiaridades de sus objetos; a través de la explicación, la comprensión, la intencionalidad y el devenir dialéctico.

La metodología cualitativa aparece confrontada con la tradición positivista arraigada en la visión del mundo desde el siglo XVII con Galileo y Bacon; y connotada como criterio de validez general para establecer la verdad científica. Sabido es que las formas silogísticas o las fórmulas matemáticas son ajenas a las cargas de valor, de afecto, de volición y otros contenidos inseparables de la vida del hombre. Lo mismo sucede en las ciencias positivas. Sus objetos no son buenos ni malos, bellos o feos, justos o injustos. El valor moral, la belleza o la justicia no tienen allí ningún lugar. Esas ciencias, por tanto, no pueden comprender las cualidades afectivas, estéticas, caracterológicas, políticas o ideológicas que penetran a los fines que las sociedades y los individuos se proponen.





La metodología cualitativa, por el contrario, busca profundizar en el objeto de manera tal que pueda develar su contenido íntimo, busca en los fenómenos estudiados por las ciencias humanas y sociales ir al encuentro de lo humano concreto y no al establecimiento de leyes generales o de axiomas lógicos. Supone, en todo caso, determinar lo característico del objeto en su devenir para encontrar lo necesario, lo que es la esencia de la socialidad, de la humanidad y de la realidad construida por el hombre en sus dimensiones natural, civil y política.

Lo anterior, no obstante, presenta serias dificultades. Las que no se derivan de un puritanismo metodológico sino de la confluencia de múltiples referentes que han incursionado en su hacer, provenientes de la etnografía, la fenomenología, la hermenéutica, la dialéctica, entre otras. Las que ciertamente brindan ópticas diferentes y enriquecen la investigación; pero que, sin el rigor debido, lindan con el relativismo, que reviste a la metodología cualitativa de la simple validez de la opinión y la conveniencia. Las siguientes líneas buscan problematizar sobre esta cuestión. Se tocará lo relativo a la cualidad y su conexión con la cantidad, para dar entrada a la determinación dialéctica. Las conexiones con la fenomenología husserliana y la hermenéutica, serán asunto de otro estudio.

**1. Significado del término.** Al ser la semántica un referente de la metodología cualitativa y siendo la filología una parte importante de las teorías que la arropan, el abordaje desde la perspectiva del análisis de la palabra "cualidad" es un buen punto de partida.

Cualidad es característica, atributo o propiedad de las cosas. Viene del latín *qualitas*, manera de ser. Originalmente fue usada para designar a una de las seis clases del pueblo romano. En griego se dice *poiótes*, y significa clase, especie.

Su fondo indoeuropeo muestra lo siguiente. En esas lenguas se dice *kwo*; es el radi-

*El trabajo filológico nos enseña que, a pesar de que con frecuencia se emplean como contrapuestas, cualidad y cantidad tienen el mismo origen en el término indoeuropeo "kwo"*

cal usado para los pronombres relativos e interrogativos. De allí viene *cuál*, que pregunta por la clase a la que pertenece el objeto referido; y cómo (*kwa-li*). Cual, se dice en griego *poiós*; y significa "de qué clase". En latín *qualis* es lo mismo; pero en el sentido de "qué clase determinada". Cómo, en cambio, pregunta por "de qué modo".

Por lo pronto, se echa de observar lo siguiente: 1) cualidad indica hacia lo *particular* colocado bajo lo general; hace posible clasificar los objetos según sus características diferenciales, como la de géneros y especies; 2) derivada del pronombre *relativo*, su comprensión implica la referencia a un objeto distinto a ella misma; y 3) la pregunta por la *clase* alude a algo no abierto o indefinido, pero conectado con lo cuantitativo, asociado a ésta.

Pero el trabajo filológico nos enseña este último aspecto. Contrapuestas comúnmente cualidad y cantidad, resulta que tienen el mismo origen en *kwo*. El latín *quantitas* es cantidad, magnitud, tamaño. *Quantus* viene del indoeuropeo *kwo-ti*, es pronombre relativo y quiere decir "todo lo que", qué cantidad, qué tamaño, qué precio (Gómez de Silva, 1988; Pastor & Roberts, 1996).

Resulta entonces que: 1) la cantidad se refiere a una nota distintiva del objeto que puede estar o no estar en él necesariamente, es exterior al mismo -el tamaño y el precio, por ejemplo, no cambian la cualidad de un bien-; 2) es también relativo y supone el objeto que cuantifica; y 3) indicando hasta "un punto", con éste se separa del resto de objetos; contiene, pues, a lo *preciso*, eso es, a lo cortado, lo discontinuo.

Al desenvolverse la dialéctica de la cantidad y la cualidad, se podrá observar el secreto del origen común de ambos términos.





## 2. La cualidad en la historia del pensamiento

El obligado referente a la Grecia clásica. Aristóteles ubica tal significado en relación con las categorías, mismas que define como los conceptos de mayor generalidad y con aplicación amplia a objetos reales o ideales, admitiendo diez: sustancia, cantidad, relación, cualidad, acción, pasión, lugar, tiempo, situación y hábito.

Para Aristóteles la cualidad tiene varias acepciones: unas ligadas a la *constitución estable* del ser humano (como hábitos, capacidades naturales psíquicas o físicas y las virtudes éticas), otras referentes a las cosas (la diferencia específica, o sea, la *característica común* que identifica y es distintiva de un conjunto de objetos, la sustancia y los atributos sustanciales y las cualidades que caracterizan por sí mismas a su objeto) y, finalmente, la acepción *formal* geométrica.

Importante destacar en esta clasificación la siguiente observación de Aristóteles. Los simples *calificativos* son susceptibles de tener mayor o menor grado (más o menos blanco, por ejemplo); en tanto que lo admitido por las definiciones geométricas no tiene variación cuantitativa. Por otro lado, la cualidad hace posible tomar a las cosas como iguales o semejantes; de donde se deriva que con ellas se integra la distinción especial de una especie, aunque a la vez se presta para permanecer en la simple observación comparativa entre los objetos (Aristóteles, 1964).

*El pensamiento medieval.* Entendiendo a dios como la suma de la verdad, la realidad, la bondad, la belleza y el conocimiento, la teología cristiana deriva el problema de la cualidad hacia la forma.

Retomando a Aristóteles y su concepción de las causas, donde colocaba la forma que daba existencia real a la materia (como la forma dada al mármol de una estatua), "la forma —escribe Tomás— se compara con el ser como la luz con el ser iluminado o



la blancura con el ser blanco" (Tomás, 1977, pp.188-189). Dichas formas corresponden a una cadena de grados que van desde las inorgánicas, las vegetativas, las sensitivas e irracionales, hasta el alma racional y el acto puro e infinito de dios.

Pero Tomás asigna a la forma la capacidad de contener el principio de individuación y, según éste, la esencia debe ser también individual; con esto ingresa en la existencia. Por consiguiente, la cualidad de la forma resulta ser el principio de la cantidad, como lo remarcaría luego Kepler: "La cantidad fue el propósito de dios —escribió éste en el *Misterium cosmographicum* en 1596— y vino a ser como la forma y el origen de la definición... dios quiso que la cantidad existiese antes que todo... y, por tanto, anterior a los cielos" (Kepler, 1596/1994, pp. 69- 92).

*El salto moderno a las propiedades del objeto científico.* Ya en la decadencia de la escolástica, Ockam había impugnado el examen de las cosas basado en las cualidades. Decía: "la cualidad es un nombre equívoco, porque —en los predicados—... algunos significan una cosa distinta de la sustancia por sí, como la blancura, la negrura y otras similares... Según esto, se enseña que la cantidad y la cualidad, por lo menos algunas, no son inherentes

a aquellas cosas de las cuales se predicán, sino que son términos que significan otras cosas o cualidades inherentes, de manera que se predicán contingentemente de ellas, existiendo las mismas" (Ockham, 1351/1957, pp.109-112). En efecto, tomada la cualidad como una nota distintiva de una serie o especie de objetos, nada garantiza que dicha nota les pertenezca por necesidad; conocer las cualidades curativas de algunas plantas no significa conocer la composición molecular de las sustancias y la causalidad del agente curativo. El saber natural y espontáneo tienen allí su límite frente al saber científico.

En la época moderna, a partir del siglo XVII, la temática de la cualidad asociada a la experiencia sensible va siendo relegada del terreno de la ciencia que irrumpe en el pensamiento universal. Es el concepto de propiedad el que ocupará su lugar.

El experimentalismo de Galileo y su postulado de convertir la experiencia en observación metódica; de Bacon y su inductivismo que propugnan por la organización técnica de los hechos en tablas de presentación; y de Descartes quien somete a la duda la percepción que deforma las figuras de las cosas cuando la distancia entre éstas y el ojo no es la precisa, propició un giro en la ciencia física hacia el concepto de *propiedad*<sup>1</sup>.

Con Galileo el problema cambia de escenario. De la búsqueda de las categorías congregadas en los objetos, se pasó a la concepción del mundo regido por leyes, efectivas en condiciones generales y unidas en una totalidad; de las percepciones que inducen a engaño (como el aparente movimiento del sol alrededor de la tierra) se pasó a las relaciones numéricas entre los elementos de tales condiciones (el espacio, el tiempo, el movimiento, la aceleración, etc.); de la geometría atada a las técnicas de



mensuración, se pasó a la imagen de un universo regido por las *relaciones matemáticas* y en armonía con las cosas materiales.

En lugar de las cualidades y las propiedades individuantes de las cosas, Galileo propuso perseguir ahora las *relaciones necesarias generales*, descartando el peso de la percepción subjetiva de las cualidades sensibles, desprendiéndose también de las particularidades de la materia, pues la ley no requiere considerar el material concreto que compone a las cosas: "*Los elementos cualitativos son suplantados, por tanto, por funciones matemáticas*" (Galileo, 1629/1981, pp. 146, 251).

Pero con este giro el conocimiento y la ciencia invierten su modo de aprehender la realidad característico del conocer cotidiano y natural. Se ingresa al método deductivo donde las propiedades o cualidades de los objetos que son pertinentes para la demostración científica se derivan de la definición. Así nacía la ciencia moderna: deshaciéndose del peso de las cualidades sensibles, para conservar las propiedades sin las cuales las cosas no tienen condición de existencia: el espacio, el tiempo, el movimiento, etc.

Pero, también, con ese procedimiento de las ciencias positivas se dejaba de lado a las ciencias sociales y humanas. Sabido es que en estas últimas se presenta otro conjunto de propiedades que reúnen de modo inseparable contenidos diversos como son los que provienen de la conciencia y la acción; y que se conjugan en la realidad de la existencia histórica del hombre como condición del vivir, del hacer y del acontecer social. Semejante a las cosas, por ejemplo, un saludo es un acto real; pero tiene también una conciencia implícita puesta por la intención con que se ejecuta, y también un significado colectivo como parte de los usos sociales.

Además, los objetos de las ciencias humanas y sociales están siempre cargados de un contenido de valor. Mientras las ciencias de la naturaleza relegan estos contenidos "de apreciación", la vida cotidiana no puede pasar sin ellos y se ponen de manifiesto en cualquiera de los fines que los sujetos se proponen. Los calificativos de bueno, malo, bello, feo, etc., parecen reducirse a la cualidad patente de los actos morales o estéticos; y, sin embargo, son modos de validez dados en la existencia que traspasan y orientan todas las formaciones subjetivas y el comportamiento, no sólo de los individuos sino incluso de los ciudadanos y de las instituciones. El mismo impacto del valor de justicia en las

estructuras del derecho que penetran en todos los ámbitos sociales, indica el alcance de tales formaciones. Las cualidades morales, éticas o estéticas de las personas o individuos implican la formación subjetiva, la concepción del mundo, la libertad y la contextura del mundo histórico que son parte de su contenido, y aún cuando son contrarias a las propiedades de los objetos naturales (Blanche, 1972), constituyen las propiedades primarias humanas y sociales, en tanto son fundamentos comunes a la existencia de los seres humanos<sup>2</sup>.

**3. Dialéctica de la cualidad y la cantidad.** El fondo de la dialéctica, que hace posible la transmutación de la cualidad en la cantidad y viceversa, sin embargo, tiene su punto de génesis en la *determinación*. A veces se dice de la cualidad y la cantidad que son determinaciones de los objetos, pero no es completa dicha formulación.

Si en la ciencia formal los objetos se construyen con relaciones, conectivas y formas ajenas a lo empírico; y si en las ciencias físicas los objetos se conforman a partir de las construcciones abstractas que, a través de la hipótesis, agrupan y organizan a los hechos y características empíricas de la realidad, en la dialéctica los objetos van mostrando sus determinaciones de manera *inmanente*, por sí mismos. Dejar ir al objeto, permitir su desenvolvimiento sin las deformaciones introducidas por el sujeto, es el punto de partida (Iglesias, 1997).

Al perseguir la propia determinación de un objeto se llega, inevitablemente, a sus límites, pues es propio de cada objeto tenerlos. En efecto, pues sin la figura o la forma que marcan su constitución y su distinción de los demás objetos, la cualidad y la cantidad no podrían darse, dado que dicho límite encierra una contradicción que genera el momento dialéctico (Hegel 1818/1952).

No obstante, la contradicción determinada no es la simple síntesis o el choque de los contrarios, sino la mediación y la constitución de un tercer término con características propias, donde lo real, lo subjetivo y lo práxico da por resultado el mundo histórico con dialéctica propia no contenida en sus términos aislados (Iglesias, 2004).

Finalmente, la determinación no sólo conduce al límite y la contradicción. Al ser constitutiva, no sólo desenvuelve las características o cualidades contenidas en el objeto, para exhibirlas y conocerlas, sino que va *envolviendo* el objeto en las nuevas determinaciones nacidas de sus mediaciones a lo largo de su devenir. En lugar del procedimiento analítico





«Senderos»

Julio Núñez

que busca los elementos para separarlos y conocer el objeto desarticulándolo, lo va conociendo en toda su complejidad. Así es la vida humana de cada individuo, de la sociedad, de la historia. Lo que en la historia del pensamiento aparecía separado, tales como la cualidad, la cantidad, la sustancia, etc., en la dialéctica se une en una totalidad determinada.

**4. La cualidad formal y las ciencias sociales.** Las ciencias sociales antiguas, tenían fundamento en una posición filosófica, en una concepción del hombre, del ser y los fines de la vida humana. Luego del sueño medieval, donde prácticamente desaparecieron del escenario el pensamiento, en la edad moderna se impregnaron del naturalismo, la técnica, la política y la historia.

Hacia finales del siglo XIX, sin embargo, las ciencias sociales incorporaban la colección de datos, los cuadros estadísticos, los índices, inyectando la cuantificación a contenidos que, tradicionalmente, habían sido tenidos como eminentemente cualitativos; esto es, cargados de valoraciones, intenciones, intereses y fines. La economía, la demografía, la sociología, ligadas a la programación de actividades públicas y privadas, cuantificaban los recursos, los salarios, las ventas, las utilidades, el producto interno bruto, la población consumidora, etc., para el ejercicio del poder y los negocios.

En psicología, antes tenida como un saber ligado a la autocomprensión humana, se ingresó en la medición de reacciones, el cálculo de los reflejos y los estímulos por la vía del experimento y la cuantificación.

Por su parte, la antropología, la etnografía y otras ciencias, se perdían en descripciones carentes de rigor, donde se imponía la visión sesgada de la sociedad avanzada sobre la primitiva, igual que lo habían hecho los misioneros cristianos hace 500 años.

La cuantificación y la descripción empírica, cuando no eran tergiversaciones dogmáticas del pensamiento, en el mejor de los casos eran deformaciones que ponían al conocimiento social muy lejos de su carácter científico propio. Aun hoy, en las universidades se enseñan los métodos experimentales y positivos como si fuesen los únicos que tienen validez; y se promueve su extrapolación hacia la comprensión del hombre, la mente y la sociedad.

El estructuralismo de Lévi-Strauss, ante ese escenario, se propuso examinar *“las categorías empíricas, tales como las de crudo y cocido, fresco y podrido, mojado y quemado, definibles con precisión por la pura observación etnográfica y adoptando en cada ocasión el punto de vista de la cultura particular, para que pudieran servir de herramientas conceptuales para desprender nociones abstractas y encadenarlas en proposiciones”*. En pocas palabras, se buscaban de nuevo las cualidades, pero constatadas y fundadas por las formaciones abstractas implícitas en ellas. Su fondo era la *“lógica de las cualidades sensibles”* (Lévi-Strauss, 1987, p. 11).

Era necesario, por tanto, retomar las construcciones formales que la matemática había ido desarrollando en su historia, sobre todo las dadas a partir de la fusión de la lógica y la matemática, a raíz de la publicación de la *Principia mathematica* de B. Russell; tales como la lógica matemática, la teoría de conjuntos, la teoría de grupos, la topología, que forman la *“matemática cualitativa”* con la que se buscaba dar salida al problema (Lévi-Strauss, 1968, p. 255).

De allí que la *estructura construida* con esos elementos formales, no se refiera a algo real cargado de cualidades empíricas cotidianas. Con esas bases conceptuales, es inevitable concluir que el método de las *“matemáticas cualitativas”* aplicado a la sociedad es el mismo que el de la ciencia natural moderna. En efecto, en lugar de ajustar los conceptos mentales a las percepciones, define el objeto con abstracciones matemáticas y verifica que las propiedades materiales se ajusten a su construcción, que contiene a las relaciones necesarias.

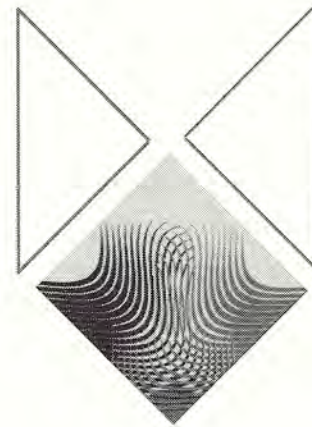
A manera de conclusión podemos decir que los referentes de la metodología cualitativa no se agotan aquí, su comprensión requiere de una exploración más amplia de cada uno de las teorías y del pensamiento de donde surgen. No obstante, consideramos que ante la tarea de construir el campo de una metodología no centrada en la cuantificación, es necesario dejar a la reflexión algunos supuestos que pensamos pueden dar luz sobre este asunto. Ante la cuantificación o la cualificación que se refieren a lo exterior, se requiere ir al contenido del objeto, abriendo una



metodología que se contraponen a la cuantificación en tanto se dirige a la estructura relacional de los objetos en contra de la experiencia empírica. Contenido que no se ocupa de las manifestaciones externas y que supone la relación objeto-sujeto-praxis en la construcción científica, como base de una objetividad antropomórfica característica de todo lo que el hombre ha construido a lo largo de su historia. El pensamiento categorial adquiere entonces una enorme relevancia. El comentario sobre la determinación que hemos hecho, así lo pone de manifiesto. La madera, por ejemplo, es diferente a la forma que adquiere; la materialidad, en todo caso, es su contenido. Pero su contenido se abre a múltiples formaciones según la especie biológica a la que pertenece, según el uso al que se destina, etc., saliendo del círculo estático de las cualidades

En todo caso, y según lo visto, lo que se busca con la metodología cualitativa, y allí radica su inapreciable valor, es llegar al contenido propio del objeto de las ciencias sociales y humanas. Y, es obvio, el empirismo de la cualidad y de la cantidad, no es el camino. Se exige, por lo pronto, en el caso de las ciencias sociales, salir de las dicotomías del objeto y el sujeto, para captar la complejidad del mundo social en la trenza de la mediación donde lo real, lo psíquico y lo práxico se conjugan para formar ese ser proteico que es susceptible de adoptar muchas formas y cobrar diversas direcciones según los fines y las formas de organización que la medida del hombre le imponga. En el caso de las ciencias humanas, de la lingüística, la psicología, la antropología, con mayor razón se exige caracterizar a sus objetos con el rigor máximo, sin imponerles cualidades o camisas de fuerza que deforman sus contenidos y determinaciones. Sólo así, la metodología de estas ciencias pisará suelo firme.

En el caso de la psicología los fenómenos requieren ser comprendidos a través de distintas vertientes dadas por las ciencias físicas, las formales y las sociales que permitan, por ejemplo, comprender la psique, lo cual requiere entender el aparato neurofisiológico, los mecanismos de captación de lo exterior; pero igualmente la formación de las estructuras internas y el sentido que cada vivencia carga como centro que se vuelve un núcleo de irradiación de acciones, deseos, e incluso, de fantasías. Aspecto este último que se aparta de toda captación empírica o material y que exige el acercamiento "idealizante" de la fenomenología, tanto en su vertiente hegeliana como en la husserliana. Temática que deberá ser abordada en apartado especial.



## BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles, (1964). *Metafísica* ( Vol. 14). En *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Blanché, R. (1972). *El método experimental y la filosofía de la ciencia física*. México: FCE.
- Galileo, G. (1981). *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos nuevas ciencias*. Madrid: Editora Nacional.
- Gómez de S. (1988). *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México: FCE-Colegio de México.
- Hegel, G. (1952, par.86). *Précis de l'encyclopédie des sciences philosophiques*. París: J.Vrin.
- Iglesias, S. (1981). *Métodos de la Investigación Científica*. México: Tiempo y Obra.
- Iglesias, S. (1997). *Triádica. Dialéctica de tres términos*. Morelia, México: Morevallado Editores.
- Iglesias, S. (2004). *Teoría de la praxis*. Morelia, México: Morevallado Editores.
- Kepler, J. (1994). *El secreto del universo*. Barcelona: Altaya.
- Lévi-Strauss, C. (1987). *Mitológicas*. (I). *Lo crudo y lo cocido*, 3ª. ed. México: FCE.
- Lévi-Strauss, C. (1968). *Antropología estructural*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Ockham, G. (1957). *Tratado de los principios de la teología*. Madrid: Aguilar.
- Pastor, B. & Roberts, E. (1996). *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tomás de Aquino. (1977). *Suma contra gentiles* (II, 54). México: Porrúa.

<sup>1</sup> Propiedad. Del latín *proprius*. De *pro privo*, en particular. *Pro*, en, ante; *privus*, aislado, individual. En griego se dice *idiotes*, carácter propio, específico, particularidad, singularidad. De *idios*, propio, personal, privado.

<sup>2</sup> Cosas distintas son la carga valorativa de los actos, hechos e instituciones sociales reales y las valoraciones que sesgan al conocimiento de los mismos, como apreciaciones subjetivas o interesadas que impiden captar los valores sociales tal como son, en la objetividad característica de ellos. No es éste el lugar para tratar dicho asunto.

